gunos de los nuestros se han comprado una para el viaje, y se la probaron; al verlos, me han parecido viejos convalecientes envueltos en una sábana de baño.

***

Todavia no he visto entre los árabes un jorobado, ni un impedido, ni un raquítico; pero sí muchos sin nariz, efecto del mal venéreo, muchísimos ciegos, y entre ellos, los más, con la cuenca del ojo vacía, vista que me hace extremecer cuando pienso que acaso á algunos les han sido arrancados los ojos en virtud de la ley del Talión, vigente en el Imperio. Pero no hay ninguna fealdad ridícula entre tantas figuras extrañas y desagradables. El ancho vestido oculta los defectos pequeños, como la gravedad común y el color leñoso, terroso ó bronceado de las carnes, disimula la diferencia de edades, Hé aquí por qué se encuentran hombres de edad indefinible, de los que solamente puede decirse que no son viejos ni jóvenes, y cuando se les cree viejos, cierta sonrisa revela inesperadamente la juventud, y cuando se les cree jóvenes, el capuchón echado atrás deja ver de repente los cabellos grises.

***

Los hebreos de aquí se dan aires en las líneas de la fisonomía con los de nuestros países; pero la estatura más alta, el color más moreno, los largos cabellos negros, y sobre todo el pintoresco vestido,



les hacen parecer de otra raza. Llevan un traje de forma casi igual á la de una bata, de varios colores, predominando el oscuro, sujeto á la cintura con una faja roja, un gorro negro, calzones largos que apenas pasan un palmo del vestido y babuchas amarillas. Es extraño el número de los «elegantes» que se ven entre ellos, vestidos de ropas finísimas, con camisas bordadas, fajas de seda y cadenas y sortijas de oro; pero nunca vistoso, sino por el contrario, serio el conjunto del traje, y llenos de gracia y de distinción, excepto aquellos pocos desgraciados que se han prostituído al sombrero de copa y al gabán negro. Entre los muchachos hay figuras muy bonitas, pero aquella especie de bata en que están envueltos, no es para su edad. Los niños hebreos me parecen aficionados de colegio, vestidos para hacer el papel de protagonista en el *Campanello dello speziale.*

***

Ahora veo que no es una exageración lo que se dice de la belleza de las judías marroquíes, que tiene un carácter propio y desconocido en todos los demás países. Es la suya una hermosura opulenta y espléndida, grandes ojos negros, frentes níveas, bocas purpurinas, contornos esculturales; una hermosura de escenario, que deslumbra de lejos, que arranca mejor un aplauso que un suspiro, y que gusta figurándosela entre las antorchas y las copas coronadas de flores de un banquete antiguo,

como en su verdadero puesto. Las hebreas de Tánger no visten en público su riquísimo traje tradicional; se visten casi á la europea, pero de colores chillonamente vistosos, azul solferino, carmín rojo, amarillo de azufre y verde yerba, que hacen llorar los ojos á media legua; de modo que parecen mujeres envueltas en banderas de todas las naciones del mundo. El sábado, al pasar por las calles en que habitan los hebreos, se ven por todas partes aquellos colores, aquellas caras de rosa, aquellos ojazos dulces y alegres, aquellas trenzas largas y negrísimas; nidadas de muchachas alborotadoras y curiosas, y un alarde de juventud y belleza sensual que contrasta vivamente con la austera soledad de las demás calles.

***

Me hacen reir los chiquillos árabes. Aun aquellos tan pequeños que no pueden andar, están también metidos como en un saco, en su capa blanca; así es que no se ve más que una capucha y parecen apaga velas ambulantes. La mayor parte tienen la cabeza rasa como la palma de la mano, excepto una trencita de dos cuartas en la cúspide de la cabeza, que parece puesta allí para poderlos colgar de un clavo como á los títeres. Algunos la tienen detrás de la oreja ó sobre la sien, con unas guedejas cortadas en forma de triángulo ó de cuadrado, que es el distintivo de los últimos que han nacido en la familia. La mayor parte tienen cara pálida,



cuerpo derecho y ágil y expresión de inteligencia precoz En las partes más frecuentadas de la ciudad desprecian á los europeos; en las calles apartadas se contentan con mirarlos atentamente como diciéndoles: —No me gustas. A alguno de ellos le da gana de decir una impertinencia: se la ve centellear en los ojos y deslizarse por los labios, pero se la vuelven á la boca, no tanto por respeto al nazareno, como por miedo á su padre, que huele la Legación. Sin embargo, en todas ocasiones se tranquilizan á la vista de una pieza de dos cuartos; pero hay que guardarse bien de tirarles de la coleta, porque ayer, al pasar, le dí un tironcito á un muñeco de una cuarta de alto, y se volvió contra mí como una víbora, refunfuñando algunas palabras, que, según me dijo el intérprete, significaban: Dios quiera que tuesten á tu abuelo, maldito cristiano.

***

Por fin he visto á dos santos, que quiere decir idiotas ó locos; porque aquí, como en toda el Africa septentrional, es venerado como un santo aquel á quien Dios ha quitado la razón para retenerla cautiva en el cielo. El primero estaba en la calle principal, delante de una tienda. Lo ví de lejos, y me detuve. Sabía que todo es lícito á los santos, y no quería exponerme á recibir un trancazo en la nuca como M. Sourdeau, cónsul de Francia, ni un gargajo en la cara como Mr. Drumond Hay. El intérprete que me acompañaba me empujó adelante, dicién-

dome:—Siga tranquilo; los santos de Tánger se han dado á partido desde que las Legaciones han hecho ejemplares ruidosos, y en todo caso, los mismos árabes le servirán de escudo para impedir que el santo se comprometa. Entonces pasé por delante de aquel espantajo, observándolo con atención. Era un viejo que no tenía más que cabeza y panza, con los cabellos blancos larguísimos, una barba que le llegaba al pecho; una corona de papel en la frente; un cómodo mandil rojo destrozado en los hombros, y en la mano una pequeña lanza, con las piernas cruzadas y las espaldas arrimadas á la pared, mirando con aire aburrido á la gente que pasaba. Me detuve, y me miró. Vamos—pensé—ahora trabaja la lanza. Pero la lanza tuvo juicio, y aun me admiré de la expresión tranquila é inteligente de aquellos ojos y de algo que brillaba en ellos, como si dijese:—¿Esperas que te pegue, eh? ¡Como si fuéramos aquí tontos!—De seguro era uno de esos impostores que, sanos de inteligencia, se fingen locos para gozar de los privilegios de la santidad. Le arrojé una moneda, que recogió con afectado descuido, y volví hacia la plaza donde, apenas llegué, encontré otro. Este era santo de veras. Era un mulato, casi desnudo del todo, que apenas tenía rostro humano, hecho una costra inmunda de pies á cabeza, tan flaco, que se le veía el esqueleto hueso por hueso, y parecía un milagro que estuviese vivo. Giraba lentamente por la plaza, apoyándose fatigosamente en una gran bandera blanca, que los muchachos corrían á besar, y otro pordiosero, acompañado de dos energúmenos que tocaban un pito y un tambor, pedía limosna para él de tienda en tienda. Pasé á su lado, y me enseñó lo blanco de los ojos; me fijé en él, y se detuvo; me pareció que preparaba algo en la boca; me alejé á toda prisa, y no volví la cara atrás.—Ha hecho bien en alejarse, me dijo el intérprete, porque si hubiera escupido, no hubiera tenido otro consuelo que oir decir á los árabes: ¡No te limpies, afortunado cristiano! ¡No borres la señal de la benevolencia de Dios! ¡Bendito tú, porque el santo te ha escupido en la cara!



***

Esta noche he oido de nuevo el sonido de la guitarra y la voz de la primera noche, y he *sentido* por vez primera la música árabe. En aquella perpetua repetición del mismo motivo, casi siempre melancólico, hay algo que poco á poco llega al alma. Es una especie de lamentación monótona, que concluye por subyugar el pensamiento como el murmurio de una fuente, el canto de los grillos y el golpear de los martillos, que se oye por la noche al pasar junto á una aldea. Me siento obligado á recogerme y á meditar, como para apoderarme del oculto significado de aquella eterna palabra que resuena en mis oídos. Es una música bárbara, ingenua y llena de dulzura, que me hace retroceder á las edades primitivas, hace revivir las impresiones

infantiles de las primeras lecturas de la Biblia, vuelve á traer á mi mente sueños olvidados, despierta en mí mil curiosidades de países y pueblos fabulosos, me transporta á largas distancias, entre bosques de árboles desconocidos, en medio de seculares sacerdotes prosternados ante ídolos de oro, ó á llanuras sin fin, á soledades solemnes, detrás de las cansadas caravanas que interrogan con la mirada los horizontes de fuego é inclinando la cabeza encomendándose á Dios. Nada de lo que me rodea me hace sentir tan triste deseo de ver á mi madre, como aquellas pocas notas de una voz ronca y de una guitarra discordante.

***

Las tiendas moriscas son una cosa muy rara; todas son una especie de alcoba levantada de la tierra como cosa de un metro, con una sola abertura que da á la calle, por donde el comprador se asoma como á una ventana, apoyándose en la pared. El tendero está dentro, sentado á la oriental, con parte de las mercancías amontonadas delante de sí, y el resto detrás, colocado en pequeños estantes. Es curioso el efecto que hacen aquellos viejos moros barbudos, inmóviles como autómatas en el fondo de aquellos oscuros nichos. Parece que están de muestra, no la mercancía, sino ellos mismos, como los *fenómenos vivos* que se ven en las barracas de las ferias. ¿Están vivos? ¿Son de madera? ¿Dónde está la máquina que los hace aparecer y desaparecer?



Y así, inmóviles y silenciosos, están horas y horas, y aun días enteros, pasando entre los dedos las cuentas de un rosario y murmurando oraciones. No puede imaginarse el aire de soledad, de fastidio, de tristeza que se respira allí dentro. Se diría que cada una de aquellas tiendas es una tumba en la que el dueño, ya separado del mundo, espera la muerte.

***

He visto á dos niños llevados en triunfo después de la función solemne de la circuncisión. Uno podría tener seis años y el otro cinco. Iban los dos á caballo de una mula blanca, vestidos con ropas amarillas, rojas y verdes, bordadas de oro y cubiertos de cintas y de flores, entre las que apenas se veían las caritas pálidas, que aún conservaban la expresión del espanto y del estupor. Delante de la mula, que llevaba gualdrapas y adornos como un caballo de corte, caminaban tres *músicos* con un tambor, un pito y una corneta, que tocaban como locos furiosos; á los lados y detrás iban los parientes y los amigos, uno de los cuales sostenía á los niños en la silla, otro les daba dulces, otros los acariciaban y algunos disparaban tiros al aire, saltando y gritando. Si no hubiera sabido la significación de la ceremonia, hubiera creído que aquellos dos pobres niños eran dos víctimas conducidas al sacrificio; sin embargo, era un espectáculo al que no faltaban gracia y poesía. Más poético lo hubiera en-

contrado si no me hubiesen dicho que la sagrada operación había sido hecha con la navaja de un barbero.

***

Esta noche he asistido á una extraña metamórfosis de Racma, la criada negra del Ministro. Su compañera vino á buscarme, me llevó andando en la punta de los pies, delante de una puertecilla cerrada, y abriéndola de repente, exclamó:—¡Mire á Racma! Yo quedé tan maravillado del aspecto en que se me presentó aquella negra, á la que estaba acostumbrado á ver en el traje de una modestísima esclava, que por un momento no dí crédito á mis ojos. Hubiera dicho que era una sultana fugitiva del palacio del emperador, la reina de Tombuctu, ó una princesa de algún reino desconocido del Africa, que se había presentado allí sobre el maravilloso tapiz de Bisnagar. No la ví más que unos instantes, y no sé decir exactamente cómo estaba vestida. Era un blanco de nieve, un rojo purpúreo y un centelleo de grandes galones de oro bajo un gran velo transparente, que ofrecían un contraste con el negrísimo rostro, una tan fragorosa armonía de colores y una riqueza tan bárbaramente magnífica, que no encuentro palabras con que describirlas. Cuando me acercaba para observar los detalles, toda aquella pompa desapareció bajo el lúgubre sudario mahometano, y la reina se transformó en espectro, y



el espectro desapareció, dejando en la estancia el hedor nauseabundo de salvajismo propio de la raza negra, que concluyó por quitarme toda la ilusión.

***

Como oyese un gran ruido en la plaza, me asomé á la ventana y ví pasar á un negro con todo el torso desnudo, montado en un pollino, con algunos árabes armados de varas á ambos lados y seguido de un enjambre de chiquillos que aullaban. En el primer momento creí que era una diversión y miré con el anteojo. Me retiré horrorizado. Los calzones blancos del negro estaban manchados de sangre que le goteaba de las espaldas. Los árabes de las varas eran soldados que lo azotaban. Pedí informes. Había robado una gallina.—¡Dichoso él! me dijo un soldado de la Legación; parece que no le cortarán la mano.

***

Hace siete días que estoy en Tánger y aún no le he visto la cara á una mujer árabe. Me parece que estoy en una reunión de mujeres disfrazadas de brujas, como se las figuran los chiquillos, envueltas en una mortaja. Caminan á largos pasos, lentamente, un poco encorvadas, cubriéndose el rostro con el borde de una especie de manto de tela, bajo el cual no llevan más que una camisa de anchas mangas, sujeta al talle con un cordón, como

el hábito de un fraile. De su cuerpo no se ven más que los ojos, la mano que cubre la cara, teñidas de rojo con henné las puntas de los dedos, y los pies desnudos, también teñidos, metidos en anchas chinelas de cuero amarillo. La mayor parte no enseñan más que la mitad de la frente y un ojo; el ojo, por lo general, oscuro, y la frente de color de cera. Al encontrar á un europeo por una calle apartada, algunas se cubren todo el rostro con un movimiento brusco y sin gracia y pasan arrimándose á la pared; otras arriesgan una ojeada entre desconfiada y curiosa; alguna, más atrevida, lanza una provocativa mirada y baja la cabeza sonriendo. La mayor parte tienen un aspecto triste, cansado, humillado. Las jovencitas, que aún no tienen obligación de cubrirse, son graciosas, de ojos negros, carita llena, color pálido, boquita redonda y manos y pies pequeños. Pero á los veinte años están ya ajadas, á los treinta viejas y á los cincuenta destrozadas.

***

Hay en Tánger un mónstruo; una de esas criaturas en que no se puede fijar la vista y que producen en el alma, aun del que sea creyente, el sobresalto de la duda. Se dice que es una mujer; pero no parece mujer ni hombre. Es una cabeza de orangután, mulata, con los cabellos negros y erizados, un esqueleto con piel, cubierto de andrajos negros; casi siempre está echada en el suelo como un cadá-



ver en medio de la plaza ó sentada en una esquina, inmóvil y muda como una insensata, cuando no la incomodan los muchachos, contra los que se vuelve aullando y llorando. Puede tener quince años y puede tener treinta; su monstruosidad oculta su edad. No tiene parientes, no tiene casa, no sabe cómo se llama, ni de dónde viene. Pasa la noche acurrucada por las calles, entre las inmundicias y los perros. Gran parte del día duerme; cuando tiene que comer, se ríe; cuando tiene hambre, llora; cuando hace sol, es un montón de polvo; cuando llueve, es un pedazo de fango. Una noche, al pasar á su lado, uno de nosotros le puso en la mano una moneda de plata envuelta en un papel, para que por la mañana tuviese el placer de una sorpresa. Por la mañana la encontramos en medio de la plaza sollozando desesperadamente y enseñando una mano ensangrentada: alguno la había herido al quitarle la moneda. Tres días después la encontré á caballo de un asno, toda llorosa, sostenida por dos soldados y seguida por una turba de chiquillos que se iban mofando. No la volví á ver hasta ayer, dormida junto al esqueleto de un perro, más feliz que ella.

***

Ya sé, por fin, quiénes son estos hombres rojos, mal encarados, que cuando pasan á mi lado por las calles apartadas, me echan una mirada en que parece que centellea la tentación del homicidio. Son

los riffeños, berberes de raza, que no tienen más ley que la espingarda, que no tienen caid ni magistrado; los piratas audaces, los bandidos sanguinarios, los eternos rebeldes que pueblan las montañas desde la costa de Tetuán á la frontera argelina, que no han podido dominar los cañones de los buques europeos, ni los ejércitos del Sultán; los habitantes, en fin, del famoso Riff, donde ningún extranjero puede poner los pies, á no ser bajo la salvaguardia de los santos y de los jeques; aquellos de quienes se cuentan toda clase de leyendas pavorosas, y de cuyo territorio hablan los pueblos vecinos vagamente, como de un país lejano é inaccesible. Se les ve con frecuencia por Tánger. Son hombres altos y robustos; muchos llevan una capa oscura, adornada de borlitas de varios colores; algunos con el rostro pintado de arabescos amarillos; todos armados de larguísimas espingardas, cuya funda roja llevan rodeada á la frente en forma de turbante, y van en grupos hablando en voz baja, con la cabeza inclinada hacia el suelo y el ojo alerta, como bandadas de bravos en busca de la víctima. Comparados con éstos, los árabes más salvajes me parecen amigos de la infancia.

***

Era ya noche cerrada y estábamos comiendo, cuando resonaron algunos tiros en la plaza. Salimos afuera y vimos, aunque de lejos, un extraño espectáculo. La callejuela que conduce á la puerta del Zoco de Barra, estaba alumbrada en un buen trozo por grandes luces que se veían por encima de las cabezas de la multitud, alrededor de una cosa que parecía un féretro colocado sobre la grupa de un caballo, y esta enigmática procesión marchaba lentamente, acompañada de una música melancólica, de un canto arrastrado y nasal, de tiros, de gritos agudos y de ladridos de perros. Habiendo quedado solo en medio de la plaza, estuve algunos minutos fantaseando sobre lo que podría significar aquel lúgubre aparato, si en aquel féretro iría un cadáver, un condenado á muerte, un mónstruo ó algún animal destinado al sacrificio; y en medio de aquella incertidumbre se apoderó de mí un sentimiento tal de disgusto, que me hizo volver la espalda y entrar en casa, lleno de tristes pensamientos. Un minuto después llegaron los amigos y me dieron la clave del enigma. Dentro de la caja iba una desposada, y la gente que lo rodeaba eran los parientes que la llevaban á casa de su marido.



***

Ha pasado por la plaza una turba de hombres y mujeres árabes, precedida por seis ancianos, que llevaban seis grandes banderas de diferentes colores, y todos cantaban en alta voz no sé qué oración, con un acento tan suplicante y un aspecto tan triste, que me conmovi. Pregunté lo que era y me contes-

taron que pedían á Allah la gracia de la lluvia. Los seguí; iban á la mezquita principal. No sabiendo que aquí está rigurosamente prohibido á los cristianos poner los pies en las mezquitas, cuando llegué á la puerta, me dispuse á entrar. Un viejo árabe se lanzó á mí, y balbuceando algo que yo interpreté por un—¡Qué haces, desdichado!—me echó atrás con el gesto del que aparta á un niño de un precipicio. Tuve, pues, que contentarme con ver desde la calle las blancas arcadas del patio, no sintiendo empero gran cosa, después de haber visto las jigantescas mezquitas de Constantinopla, ser rechazado de las de Tánger, que no tienen aspecto monumental, á excepción de los minaretes. Pero ni aun los minaretes,—gruesas torres cuadradas ó exagonales, revestidas de mosáicos de muchos colores y coronados por una torrecilla de techo piramidal,—valen lo que los blancos y ligerísimos minaretes que se alzan hasta el cielo como desmesuradas antenas de marfil, desde las cumbres de las colinas de Stambul. Mientras estaba allí mirando al patio, una mujer, que estaba detrás de la fuente de las abluciones, me hizo una seña con la mano. Podría dejar que alguien creyese que era un beso, pero era que me enseñaba el puño.

***

He subido á la Casba ó castillo, colocado sobre una colina que domina á Tánger. Es un grupo de



pequeños edificios, rodeados de murallas viejas, donde están las autoridades, los soldados y los presos. No encontré allí más que dos centinelas adormecidos, sentados delante de una puerta, en el fondo de una plazoleta desierta, y algún mendigo tendido en tierra, abrasado por el sol y devorado por las moscas. Desde allí se abraza con la mirada á todo Tánger, que se extiende al pie de los muros de la Casba y sube por otra colina. La vista huye de aquella purísima blancura, manchada tan solo aquí y allí por el color verde de alguna higuera aprisionada entre paredes. Se ven los terrados de todas las casas, los minaretes de las mezquitas, las banderas de las legaciones, las almenas de las murallas; la playa solitaria, la bahía desierta, los montes de la costa, un espectáculo vasto, silencioso y espléndido, capaz de curar la más negra nostalgia. Estando en contemplación, me sorprendió una voz aguda y trémula, de extraña entonación, que venía de lo alto. Me volví, y después de haber mirado un poco, apercibí en lo alto del minarete de una mezquita de la Casba una pequeña mancha negra, el *muezzin*, que llama á los fieles á la oración, lanzando á los cuatro vientos los nombres de Allah y Mahomed. Después volvió á reinar en torno el melancólico silencio del medio día.

***

Es una calamidad el cambiar dinero en este

país. Dí al comerciante de tabaco un franco para que me volviese diez sueldos. Este moro feroz abrió una cajita y comenzó á coger y á echar sobre el mostrador puñados de monedas negras y deformes, hasta que reunió un montón suficiente para cargar á un mozo de cordel, hizo un recuento á prisa y estuvo esperando que me las metiese en el bolsillo. Perdone—le dije tratando de recobrar mi franco,—no soy bastante robusto para poder comprar en su tienda. Después me arreglé tomando más cigarros y llevándome un bolsillo de aquel dinero menudo, para que me explicasen lo que era. Es una moneda de cobre llamada *flu*, cuya unidad vale menos de un céntimo y cada día va perdiendo de su valor, porque Marruecos está inundado de tal moneda, y es inútil añadir qué fin lleva al esparcirla tanto el Gobierno, con decir que únicamente paga en esta moneda y no recibe más que oro ó plata. Pero todo lo malo tiene algo bueno, y estos *flu*, azote del comercio, tienen la inestimable virtud de preservar á los marroquíes de muchas desgracias, especialmente del mal de ojo, por la gracia del llamado anillo de Salomón, que es una estrella de seis puntas, grabada en una de las caras, imagen del verdadero anillo enterrado en la tumba del gran Rey, que dominaba con él á los genios buenos y á los malos.

***

No hay más que un sitio por donde pasear, que



es la playa, que se extiende de la ciudad al cabo Malabat; una playa sembrada de conchas y de los vegetales arrojados por el mar y cubierta en varios puntos por grandes espacios de agua, difíciles de vadear durante la marea alta. Estos son los Campos Elíseos de Tánger. La hora del paseo es la tarde, hacia la puesta del sol. A esa hora hay unos cincuenta europeos que pasean por parejas ó por grupos, á algunos centenares de pasos unos de otros, de manera que desde las murallas de la ciudad se les reconoce uno por uno, á distancia de una milla. Delante viene una señora inglesa á caballo acompañada de un guía; más atrás, dos moros del campo; detrás de los moros, el cónsul de España con su señora; luego un santo; más lejos, una camarista francesa con dos niños; después una turba de campesinas árabes que atraviesan una charca, enseñando las piernas y cubriéndose la cara; y más allá, por intérvalos, un gran sombrero, una capucha blanca, un *chignon*, hasta el último, que debe ser el secretario de la Legación de Portugal, con unos pantalones claros que le trajeron ayer de Gibraltar, porque en esta pequeña colonia europea, se sabe todo lo de todos. Si la comparación no fuese irreverente, diría que aquello me parece un paseo de condenados á domicilio forzoso ó de viajeros secuestrados por unos piratas en una isla salvaje, que esperan la llegada de un buque con el dinero del rescate.

***

Es bastante más fácil encontrarse en la inmensidad de Londres, que en medio de este puñado de casas que cabrían todas en un rincón de Hyde-Park. Todos estos rincones, callejuelas y encrucijadas, por donde apenas se puede pasar, se parecen entre sí como las celdas de una colmena, y sólo una atentísima observación de los más minuciosos detalles puede hacer distinguir un lugar de otro. Apenas salgo de la plaza y de la calle principal, me pierdo. En pleno día, en uno de estos corredores silenciosos, dos árabes podrían atarme, echarme una mordaza y hacerme desaparecer de la faz de la tierra sin que nadie viese ni oyese nada. Y, sin embargo, un cristiano puede andar sólo por este laberinto, entre estos bárbaros, de día y de noche, con mayor seguridad que en cualquiera de nuestras ciudades. Cualquier asta de bandera europea, enhiesta sobre un terrado como el índice amenazador de una mano oculta, basta para alcanzar lo que no obtiene entre nosotros una legión de hombres armados. ¡Qué diferencia de civilización entre Londres y Tánger! Pero cada ciudad tiene sus ventajas. Allí hay grandes palacios y caminos de hierro subterráneos; aquí se puede atravesar entre la multitud con la levita desabrochada.

***

No hay en todo Tánger ni un carro, ni un carruaje; no se oye ruido de fábricas ni sonido de



campanas, ni gritos de vendedores; no se ve ningún movimiento apresurado de cosas ni de personas: los mismos europeos, por no saber qué hacer, están largas horas inmóviles en medio de la plaza; todo descansa é invita al descanso. Yo mismo, que estoy aquí hace pocos días, comienzo á sentir el influjo de esta vida muelle y soñolienta. Al llegar al Zoco de Barra, me siento irresistiblemente empujado hacia casa; cuando he leído diez páginas de un libro, se me cae de las manos; una vez reclinada la cabeza en el respaldo del sillón, tengo necesidad de recordar, por lo menos, un par de capítulos de Smiles para lograr levantarla; y sólo el pensamiento del trabajo y de los cuidados que me esperan en mi casa, me fatiga. Este cielo siempre azul, y esta ciudad enteramente blanca, son una imagen de la paz inalterable y monótona, que llega á ser, poco á poco, para el que habita en esta ciudad, el supremo deseo de la vida. Hé aquí la razón por qué interrumpo aquí mis notas. La molicie africana me ha vencido.....

***

Entre la mucha gente que rondaba á la puerta de la Legación, había un moro elegante que me ha llamado la atención desde el primer día; uno de los jóvenes más hermosos que he visto en Marruecos; alto y esbelto, con ojos negros y melancólicos, y una sonrisa dulcísima; una cara de sultán enamorado, que Danas, el espíritu maligno de las *Mil y una*

*noches*, hubiera podido poner al lado de la princesa Badura, en lugar del príncipe Camaralzaman, en la seguridad de que no se hubiera quejado del cambio. Se llamaba Mahomet, tenía diez y ocho años y era hijo de un moro acomodado de Tánger, protegido de la Legación, un bueno y honrado musulmán, que habiendo sido amenazado de muerte tiempos atrás por un enemigo suyo, iba casi todos los días con la cara espantada á pedir auxilio al Ministro. El tal Mahomet hablaba algo el español; pero á la morisca, con todos los verbos en infinitivo, y así había podido trabar amistad con mis compañeros. Se había casado hacía pocos días. Su padre lo había hecho casarse para que fuese teniendo juicio, y le había dado por esposa una muchacha de quince años tan bella como él. Pero el matrimonio no le había hecho cambiar mucho. Era, como decíamos nosotros, un moro *del porvenir*, lo cual consistía en beber á escondidas algunos vasos de vino, fumar algún cigarro, aburrirse en Tánger, tratar con los europeos y proyectar un viaje á España. Sin embargo, lo que por aquellos días le traía á nuestro alrededor, era el deseo de obtener por mediación nuestra el permiso de unirse á las caravanas y ver á Fez, la gran metrópoli, su Roma, el sueño de su infancia, y á este fin nos prodigaba saludos, sonrisas y apretones de manos con una expansión y una gracia capaces de seducir á todo el harem del Emperador. Como casi todos los demás jóvenes moros



de su condición, mataba el tiempo de calle en calle y de conversación en conversación, hablando del caballo nuevo de un Ministro, del buque recién llegado, de la marcha de un amigo á Gibraltar, de un robo cometido, de chismes de mujeres, ó permaneciendo largas horas inmóvil y taciturno en un ángulo de la plaza del mercado, con la cabeza Dios sabe dónde. A este bellísimo vago va unido el recuerdo de la primera casa mora en que puse los piés y de la primera comida árabe á que arriesgué el paladar. Un día nos convidó á comer su padre. Era un deseo que teníamos hacía mucho tiempo. Una tarde, guiados por un intérprete y acompañados por algunos criados de la Legación, llegamos, atravesando algunas obscuras callejuelas, á una puerta de arabescos, que se abrió como por encanto al acercarnos; y después de pasar por una habitación blanca y desnuda, nos encontramos en el centro de la casa. Lo primero que nos sorprendió fué una gran confusión de gente, una luz extraña y un lujo maravilloso de colores. Salieron á nuestro encuentro el dueño de la casa, su hijo y los parientes, coronados de grandes turbantes blancos; detrás de ellos estaban los criados encapuchados; más allá, en los rincones obscuros, detrás de los quicios de las puertas, caras atónitas de mujeres y de niños; y á pesar de tanta gente, reinaba un silencio profundo. Creía que estaba en una sala; alcé los ojos y ví las estrellas. Estábamos en el patio. Aque-